

## CARLOS TRÍAS PINTÓ Y GUSTAVO MATÍAS CLAVERO

ES LA CRISIS MÁS GLOBAL Y SORPRESIVA JAMÁS CONOCIDA. Y SIN EMBARGO DE ELLA EMERGEN CON MÁS FUERZA QUE NUNCA LOS ESTADOS-NACIÓN, NO LAS INSTITUCIONES INTERNACIONALES, QUE NI PREVIERON SU IMPACTO NI APENAS HAN LIBRADO BATALLA. SU COSTE SE APROXIMARÁ A LA SUMA DE LOS RECURSOS EMPLEADOS CONTRA LA GRAN DEPRESIÓN DE 1929, LA II GM Y EL PLAN MARSHALL. Y LA RECUPERACIÓN TENDRÁ COSTES. NO SERÁN SOLO DE INTERESES FINANCIEROS O DEUDAS, SINO DEL MAYOR CONTROL DE LA PRIVACIDAD DESDE EL MUNDO DIGITAL. Y DERIVADAS POLÍTICAS. EL GREEN NEW DEAL QUE PREPARA EUROPA, CON INVERSIONES MEDIOAMBIENTALES POR UN BILLÓN DE EUROS EN ESTA DÉCADA, DEBERÁ DEDICARSE EN PARTE A ERRADICAR EL COVID 19 Y A OTROS DESAFÍOS SIMILARES. HABRÁ PARA ELLO QUE LEVANTAR NUEVAS INFRAESTRUCTURAS E INSTITUCIONES.

Esta pandemia está siendo más global, rápida, de menor coste en vidas humanas, pero de mayor coste económico y probablemente político, que ninguna otra en la historia: hasta la segunda semana de abril, tres meses después de iniciarse el brote de Covid 19, estuvo por debajo de los 100.000 muertos en los 184 países que entonces la padecían. Todo parece indicar que esta pandemia se cobrará menos de un millón de muertos, frente a los cerca de 50 millones de la gripe de justo un siglo antes, cuando la población mundial no alcanzaba los 1.900 millones.

En sus tres primeros meses el Covid 19 se ha extendido por el paralelo Norte más desarrollado (China-Europa-Estados Unidos), infectando oficialmente a casi dos millones de personas hasta el 12 de abril. Pero los epidemiólogos creen que no parará hasta haber tocado en un año al 50% de los casi 8.000 millones, pues temen rebrotes en la desescalada del confinamiento y la vuelta al trabajo y a las aulas de los casi tres cuartos de la población mundial que ha seguido las pautas del distanciamiento. Ya de hecho ha empezado a extenderse en los países del Sur (Asia, África y Latinoamérica), donde radica la mayoría de la población mundial y el grueso del empleo informal, entre cuyos 2.000 millones de trabajadores y trabajadoras podría extenderse más. Está pues más que justificada la impresión de que vivimos la mayor crisis desde la II Guerra Mundial, y aunque este no sea un conflicto armado entre humanos los líderes mundiales hablan de guerra al virus o al enemigo invisible porque saben que las guerras traen cohesión interior; ahora hay estudios demostrativos de que favorecen recaudar impuestos entre los más afortunados.

Los costes económicos necesarios para superar la pandemia se aproximarán solo para este año a las estimaciones históricas acumuladas en 20 años por el New Deal, la II Guerra Mundial y el Plan Marshall. Las acciones individuales y colectivas anunciadas el 25 de marzo por el G20, cuyos líderes se reunieron online casi a los tres meses del primer ataque del virus, eran duplicadas por las estimaciones de compromisos una semana después. Inicialmente gobiernos e instituciones internacionales coincidieron raramente en la afirmación de que harían todo "lo que sea necesario" (palabras popularizadas por el entonces presidente italiano del BCE Mario Draghi en el verano de 2012), si bien el G20 cuantificó los anuncios de recursos a movilizar en al menos cinco billones de dólares. Costes derivados de las medidas necesarias para contener el virus (cuarentena, distanciamiento social, cierre de escuelas, universidades y guarderías, cierres de negocios no esenciales y pedirle a la gente que trabaje desde casa) en un mundo donde la reciente multiplicación de interrelaciones humanas podría superar con mucho los 300 millones de muertos atribuidos a la viruela desde que el ser humano empezó a domesticar animales y plantas (con los que se intercambia sus virus) y a fijar sus relaciones en los núcleos de convivencia trazados en los últimos 12.000 años, que empezó con el neolítico.

No obstante, una semana después de ese G-20 telemático, la suma de anuncios de cada país superaba los diez billones de dólares y la bola seguía creciendo. Es así más que probable que se dupliquen de nuevo, llegando a aproximarse a los más de veinte billones de dólares estimados en las inversiones necesarias para superar los tres citados procesos históricos. Muchas son las razones para esperar la duplicación. La principal es que ese tsunami o impacto económico, centrado en parar la producción y reanudarla de nuevo, está ahora lejos de haber alcanzado a la mitad de lo que hacen suponer los otros dos tsunamis que lo determinan: el sanitario y el político. De un lado, los epidemiólogos y otros científicos que refuerzan sus modelos matemáticos, sociológicos, geográficos, etc. creen que no frenará hasta contagiar de alguna forma el 40%-50% de la población mundial. De otro, los gobiernos se ven impulsados a echar el resto porque sospechan que en ello se juegan también la vida política.

Ciertamente, tan importante como el coste es que los tres procesos anteriores comparables al actual marcaron la impronta del siglo XX en lo económico y político, no tanto otros más recientes que hemos vivido, como la crisis financiera iniciada en 2007, pasada como una oportunidad perdida de refundar el capitalismo. El New Deal de un Roosevelt, infectado por la gripe de 1918, justo 20 años antes de llegar a presidir los EEUU, fue la cuna de creación de muchas de las instituciones actuales de esa primera potencia antes de extenderlas luego a casi todo el mundo en el nuevo orden que siguió a la IIGM y su Plan Marshall junto con otras prácticas de mejora de las infraestructuras. Y desde Max Weber, uno de los muertos por aquella gripe, pensamos mejor en que las instrucciones resultan aún más importantes.

### **1. Efectos y ritmos nunca vistos, aunque asumibles y aceleradores de la digitalización**

El Covid 19 podría causar una caída del PIB mundial en el segundo y tercer trimestre del 5% y en la zona euro del 10%, pese a inyecciones monetarias y fiscales superiores a otro 20%, aunque con diversidad de impactos por países, en función de su estructura económica y de cómo afrontan cada uno la pandemia; es decir, de su gestión del tsunami sanitario, económico y político-social o institucional. Francia y Alemania podrían atenuar el suelo de esa caída productiva en niveles del 6%-7%, mientras que España e Italia tenderían a duplicar esas caídas, en parte porque la estructura económica española sigue siendo procíclica y amplificadora de los ciclos, mientras que el marco político-social tiende a reafirmar ese carácter en vez de cumplir su función atenuadora de auges y recesiones. Pero en todos los lugares los resultados finales dependerán de si la caligrafía de la recuperación dibuja una V, U, W o L. Gobierno y banca colaboran en España para lograr una recuperación en V y todo parece indicar que no pasará de la U. Eso es lo que descuentan los mercados e incluso apuntan previsiones macro como las publicadas el 8 de abril por la patronal AEB y otros centros vinculados al mundo empresarial.

El tsunami económico del Covid19 no ha secado esta vez los canales financieros, a diferencia de la crisis anterior que paralizó todos sus mercados e impidió realizar su función intermediadora entre el ahorro y la inversión, lo que convirtió una crisis financiera de la banca en otra de deuda pública, en parte generada para rescatar a algunas entidades. La diferencia la marcaron tres cambios, indicativos de que algo se aprendió de los errores europeos del 2007 al 2012: el BCE al dar barra libre a la banca, los estados al avalar sus créditos y la propia banca al entender en todo ello una oportunidad y suspender sus dividendos, ampliando así en el caso español la capacidad de crédito en unos 150.000 millones de euros.

Está siendo en cualquier caso una crisis muy diferente a las anteriores, casi todas, en los últimos siglos, de origen o desarrollo financiero. Al notar impactos de mayor envergadura que la iniciada el 2007 y solo comparables a la Gran Depresión de los años 30, las estadísticas de empleo confirman lo que sugerían los datos sanitarios y las valoraciones de los mercados bursátiles: es además más intensa en el tiempo y extensa en el espacio que todas las anteriores. El 18 de marzo la organización mundial del trabajo (OIT) preveía en una estimación preliminar que se perderían entre 5,3 y 24,7 millones de empleos sobre los 188 millones de parados totales previos, frente a los 22 millones perdidos por la iniciada en 2007. Dos semanas después, solo entre EEUU y la UE superaban ese escenario máximo, sin apenas influir en esos 2.0000 millones de empleos informales y precarios por cuyo

impacto más teme la FAO (organización de la ONU para la alimentación), al situarles el tsunami sanitario en la alternativa de morir por Covid-19 o de hambre.

De ahí que el 8 de abril la OIT añadiera a su estimación inicial que prevé además “un aumento exponencial del subempleo” y caídas de horas e ingresos para los trabajadores entre 860.000 millones de dólares y 3,4 billones de dólares a finales de 2020, con las consiguientes caídas en el consumo de bienes y servicios, que a su vez afectarán a las perspectivas de las empresas y las economías. OIT estima que entre 8,8 y 35 millones de personas más estarán en situación de pobreza laboral en todo el mundo, frente a la estimación original para 2020 (que preveía una disminución de 14 millones en todo el mundo). Teme que se perderán 195 millones de empleos a tiempo completo en todo el mundo. En Europa serían 15 millones a jornada completa equivalente: un 7,8% del stock, frente al 7,8% de Asia y Pacífico y 8,1% de países árabes. Esa cifra alcanzaría nada menos que al doble del aumento del paro masivo previsto un día antes por Nicolas Schmit, comisario europeo de Empleo y Derechos Sociales, tras admitir la posibilidad de dedicar unos 100.000 millones a un primer fondo de subsidio de desempleo europeo.

La calculadora de daños efectivamente probados deberá permanecer abierta, aunque en sus primeras fases no deja de dar saltos impresionantes. En España, primer país occidental en declarar el confinamiento masivo al ver el mayor drama de Italia, solo en 15 días hubo 833.979 afiliados menos a la Seguridad Social y otras 620.000 colgadas de los ERTES hasta el 31 de marzo, cuatro veces más, de media española, en marzo que en la crisis de 2009.

Pero en videoconferencia con el Colegio de Economistas de Madrid y el Consejo General de España, el ministro de Inclusión y Seguridad Social admitió el 8 de abril que los ERTES suspenderán el empleo a 3,1 millones de personas de casi un millón de empresas o autónomos (800.000 sólo éstos últimos). Ello disminuiría las rentas al 25-30% de los ocupados y elevaría el paro en 3,3 millones de personas, hasta superar de nuevo el 20% ulterior a la crisis energética de 1975-1985 e incluso el 26% alcanzado en 2012 por la crisis financiera iniciada el 2007 y aún no superada por España en el empleo. Pero todo ello en 3 semanas, no en 6 años. En los EEUU se apuntaron al paro en esas tres semanas 16 millones de personas, y eso que solo a final de mes el presidente Trump empezó a paralizar la actividad. La tasa de desempleo de la primera potencia saltará del 4% a por encima del 20%, el doble que en el pico de la crisis financiera global, según el secretario del Tesoro norteamericano, Steve Mnuchin. Para el PIB firmas como Goldman Sachs, JP Morgan y Morgan Stanley esperan caídas anualizadas del 6% en el primer trimestre, y del 24% al 30% en el segundo.

Tras el balance final de muertos, parados, cierres de empresas y otros muchos costes directos e indirectos, o las consecuencias políticas y geopolíticas de ellos derivados, vendrán o se acentuarán otros problemas, entre ellos las deudas públicas y sus costes financieros y humanos. Los estados se han comprometido a respaldar con garantías oficiales el pago de entre el 80% y el 100% de las nóminas salariales de las empresas afectadas, como han hecho Estados Unidos, Reino Unido, muchos países asiáticos y la mayoría de los de la Unión Europea, lo que engrosará las ya muy abultadas deudas públicas; es decir, la factura que deberán pagar las futuras generaciones, abocadas a mayores tasas de paro de las que pronosticaba la digitalización y automatización que ahora se han acelerado y se acelerarán más. Bruegel estima que el 86% de deuda pública media de los 19 países de la eurozona saltarán del 86% del PIB en 2019 al 100 o 127% del PIB al terminar 2020, dependiendo si la caída del PIB es del 5% o llegara a ser en el peor de los escenarios del 20%. Los EEUU saltarían del 111% actual al 135-167%, y España del 97% al 111%-139% , mientras que Italia batiría récord desde el 136% actual hasta el 152-189%.

Ese riesgo de recuperación japonizada pudiera lastrar durante décadas el crecimiento, y en cualquier caso deteriora las perspectivas de sostenibilidad intergeneracional, cuando ya de por sí estaban maltrechas las medioambientales, sociales y económicas. Italia y España y otros países europeos verán así insuficientes incluso las inyecciones de casi un billón anunciadas por el BCE y otras ayudas pactadas, Si no media la solidaridad, volverán las presiones y dificultades de los mercados a Europa, donde hasta ahora las compras de deuda

por el BCE según los últimos datos de activos del banco emisor quedaban en el 18% Francia, 26% Alemania, 16% de Italia y 22% de España.

Los mercados de capitales descontaron pérdidas del 20% en apenas un mes, lo que en 2008-2009 y crashes anteriores les llevó más de un año. Ahora además presentan muy superior volatilidad: un día pudo haber alzas del 5% (las del lunes 6 de abril, el día que la Fed admitía como probable esa caída del PIB del 30%) y al siguiente recuperaciones similares. Pero son recortes cuyas medias ocultan comportamientos sectoriales y por países como los latinoamericanos o sectores como los transportes y la banca tradicional. Algunas bolsas latinoamericanas de las que más se hundieron en marzo ya en abril empezaron a recuperarse en V o U alargadas, caligrafías de las expectativas donde los menos optimistas ven respectivamente las formas del logo de Nike... o de las bañeras.

Desde el gran mercado bursátil de Nueva York, que aún es casi la mitad del mundial, hasta otros más periféricos como los españoles, las operaciones corporativas seguirán también paradas hasta que pase el tsunami sanitario. Si antes de la pandemia se cerraban a un precio medio de 7 u 8 veces el ebitda, ya no hay compraventas, pero de haberlas serían imposibles ebitdas de más de 3 o 4 veces el precio según Ignacio Marull, socio director de PwC en Barcelona. Todo parece indicar que al principio se centrarán en mayor medida en las biotech y las telecom, llamadas desde ahora a captar mayor atención de los gigantes tecnológicos y financieros que en los dos últimos años. Más pronto que tarde se espera que intenten también aprovechar mientras duren los bajos precios dejados por el crash los sectores industriales (automóvil, agroalimentación energía, medio ambiente, etc) y especialmente de servicios (hoteles, sanidad, educación) donde España tiene algunas fortalezas. De ahí que el Gobierno español y otros hayan recuperado formas proteccionistas como la acción de oro, barreras con las que se toparán los ya antes crecidos y ahora reforzados gigantes de otros países.

Especialmente reforzadas tienden a salir de la crisis las bigtech norteamericanas y chinas, que desde hace varios años valen juntas mucho más que los 100 mayores valores industriales tradicionales y estaban en creciente competencia con el sector financiero y bancario tradicional antes del tsunami sanitario. Alphabet, Amazon, Apple, Facebook y Microsoft tenían al estallar la crisis unos 570.000 millones de dólares de efectivo bruto en sus balances, y el valor de sus acciones era superior al registrado a finales de enero, cuando fue aislada la ciudad de Wuhan. De las chinas ignoramos más sus cuentas, pero están cada vez más presentes y fuertes Alibaba y su grupo (Taobao, Tmall, Alipay y su Fintech Ant Financial que controla allí el 70% de los pagos móviles, o Aliexpress), China Mobile, Huawei, el grupo Tencent (Wechat, WechatPay, QQ, Qzone, equiparados a los Facebook y Messenger chinos, Epic Games, Blizzard), el Baidu o Google chino, Lufax, JD (segundo gigante de e-comercio chino tras Alibaba), Didi Chuxing (plataforma de transporte móvil superior a la norteamericana Uber), Xiaomi, NetEase, Sina Weibo (similar a Twitter) o TAL Group (emulador de Inditex), DJI (drones), China Literature, Giant Interactive Group Inc (juegos online).

Ahora muchas de ellas pueden irrumpir a saco en servicios como ya lo han hecho también las chinas en esta crisis en ámbitos de seguridad, salud, educación, telemedicina y servicios a las empresas. El Banco de Basilea o BIS cuantificó el pasado verano que la decena de bigtech ya se habían hecho hasta 2018 con una cuota del 10% del mercado financiero, analizada en su informe Big tech in finance: opportunities and risks. Cuota que otros análisis de mercado como los de McKinsey y Business Insider preveían que se extendiera al 40% en poco más de un lustro, debido principalmente a la creciente interconexión prevista por la expansión de dispositivos móviles y las redes 5G de internet de las cosas (IoT). Hay ya más dispositivos electrónicos para conectarnos entre nosotros y con nuevas cosas (unos 10.000 millones) que habitantes (unos 7.500 millones). Y solo con la tecnología 5G para el internet de las cosas se calcula que hacia 2025 los dispositivos conectados casi se habrán multiplicado por siete (hasta 64.000 millones).

Infinidad de primeros indicadores de impacto del tsunami económico alientan esas expectativas: las caídas abruptas en índices generales de producción desde la segunda quincena de marzo, a la mitad o menos, más en la industria y construcción, conviven con

fuertes alzas en las actividades digitalizadas. Tras la crisis de los años setenta que aceleró el desplazamiento de actividades intensivas en energía, otras materias primas y mano de obra hacia actividades intensivas en información y conocimiento, la actual crisis pasará a la historia como la que más consagró la digitalización de la economía, así como algunos cambios disruptivos en la misma. Aunque la inversión y la demanda exterior se hayan hundido al principio y el consumo se haya reducido en torno a un tercio, la crisis está dando gran impulso a casi todos los negocios digitales: telecos, educación online, compras, teletrabajo y finanzas, medios de pago digitales que desplazan al efectivo y sobre todo la digitalización de la salud. En Europa se ha registrado un crecimiento del 72% en las “fintech” (finanzas tecnológicas), según una investigación del grupo deVere.

Las perspectivas más sostenidas e inmediatas se centran precisamente en esas HealthTech, sector de actividad no digitalizada aún más intensivo hasta ahora en empleo que la educación, empezando por donde surgió el Covid-19. China recurrió al método primitivo de bloquear en el foco de la pandemia durante dos meses a 50 millones de habitantes, antes de que sus gigantes digitales empezaran a desarrollar aplicaciones de localización y alerta de contactos de riesgo como las que ya lucían excelentes resultados en Corea del Sur, Singapur o incluso sus territorios autónomos de Taiwán o Honk Kong, cuyo denominador común era el recuerdo y las experiencias de las epidemias de 2002 a 2012. Como también bigtech como Google y Apple desde los EEUU, donde el presidente Trump anunció su disposición a extender la licencia de los médicos de un estado a otros, la primera potencia asiática tardó en crear app de detección y alerta de contactos, a pesar de que tiene poca atención primaria, aunque al menos siete plataformas digitales chinas conectan a médicos con pacientes, la primera Tencent Trusted Doctors (TTD) con 0,45 millones de médicos y 17 millones de pacientes. Es el Estado cuya Academia de Ciencias lidera el ranking mundial de investigación y cuyas tecnologías móviles e inteligencia artificial adelantan ya a los EEUU, el que tiene un gasto público y privado en sanidad de apenas un 5% del PIB, al igual que Singapur u otros países asiáticos próximos, menos de la mitad que Japón, Reino Unido o la mayoría de los países europeos y un tercio del 17% estimado por el Banco Mundial a los EEUU, donde la pandemia registraba mayor alcance el 12 de abril (0,56 millones de los 1,8 millones de infectados en todo el mundo seguido por los 0,16 millones de españoles e italianos, seguidos por Francia, Alemania y Reino Unido).

## **2. Golpes sorpresa, expectativas de futuro; interpretaciones y consecuencias**

Pese a esa tremenda envergadura y su alta probabilidad y capacidad de cambiar el mundo que conocemos, como sucedió siempre después de todas las guerras, y los líderes mundiales así presentan la pandemia aun cuando no es un conflicto entre naciones, el Covid 19 sorprendió tanto a los científicos como a los a los líderes mundiales y sus instituciones multilaterales que ahora intentan arropar su gestión con ayuda de los primeros. Y cuando decimos líderes nos referimos tanto a los políticos como a los empresariales.

Nadie identificó siquiera el riesgo, ni menos vio venir la crisis, lo que influyó en la respuesta tardía. No lo vio siquiera la Asociación de los Científicos Atómicos que actualiza con la colaboración de 13 premios Nobel desde hace dos décadas el Reloj del Juicio Final y trata de medir a qué distancia temporal está la humanidad de su colapso ambiental. Tampoco los mapas de riesgos que han proliferado los últimos años en las multinacionales y empresas cotizadas, think tank o clubs privados. Menos aún en las organizaciones internacionales que analizan regularmente grandes riesgos (FMI, OCDE, BM) y un largo etcétera, ni siquiera la OMS (el 31 de enero declaraba máxima emergencia internacional, pero se oponía a restringir viajes) u otras privadas como la de Davos. Nada hicieron para evitar la crisis al principio los líderes de las principales potencias, ni en la UE (aunque el 13 de febrero la UE instó a los 27 estados miembros a prepararse) ni fuera; al contrario, varios de los otros intentaban restar importancia al virus chino, como hicieron con esas u otras palabras los líderes de EEUU, Reino Unido y Brasil, mientras que los de China castigaron a los médicos que primero advirtieron de la epidemia y expulsaron después a corresponsales extranjeros, y Rusia u otros regímenes autoritarios negaban o manipulaban la información.

El Covid 19 ha sido una inmensa demostración del efecto mariposa que intuyó Henri Poincaré hace un siglo e identificó totalmente Edward Lorenz en 1972. En vez de seguir

juzgando 'friki' la idea, la conclusión ante lo sucedido debería llevar a cambiar también las ciencias y sus docencias, adaptarlas al nuevo paradigma científico. Pero eso exige modestia y diálogo transdisciplinar, por lo que sigue en casi todo el mundo ajeno a los sistemas docentes, pese a constatarse desde hace décadas que vivimos en un entorno de creciente volatilidad, incertidumbre, complejidad y ambigüedad, descrito por el modelo VICA o VUCA si tomamos sus iniciales en inglés.

La ciencia está en vías de domesticar ADN genético, electrón, fotón, gravedad y otras de sus fuerzas fundamentales, como hicimos en la edad de piedra y el neolítico con el fuego y los animales y plantas. Pero aún ignoramos cómo domesticar nuestra voluntad (poder, libertad, etc). Tampoco tenemos las instituciones que necesitamos en esta era, pese a que hace casi medio milenio, y tras una larga guerra interior, Europa adoptó el primer multilateralismo. De ahí que la arrogancia humana y/o el poder de los intereses de la ciencia y los científicos llegara, en esta época en que algunos declaran la muerte de la muerte, hasta al olvido de lo que ya sabían miles de años atrás nuestros primeros antepasados cosmopolitas ante el ataque de virus o bacterias indómitas: aislar a los enfermos y rastrear sus contactos para ponerlos también en cuarentena. Lo hacen a su manera inhumana los animales juzgados menos racionales, como las hormigas, que matan a sus infectadas.

El problema es que la memoria humana es selectiva, mediada por intereses y propensa a valores que a veces generan conflicto con sus necesidades, en cuya cúspide ni la famosa pirámide de Maslow situaba la seguridad o supervivencia. Teníamos olvidados a virus como el causante de la gripe que hace justo un siglo, durante la I Guerra Mundial, mató a unos 50 millones de personas, más que la propia guerra, a pestes como la que inspiró a Boccaccio El Decamerón en 1348, cuando tres jóvenes y siete jóvenes se aislaron en una casa en el campo. Ciencia y vacunas no evitaron del todo los estragos de viejos y nuevos virus en el homo sapiens: viruela, polio, sarampión (solo éste lleva 200 millones de muertos), o más recientemente otros de nueva presencia, casos del síndrome respiratorio agudo grave (SARS) iniciado en Asia en noviembre de 2002 o la pandemia de H1N1 (similar a la gripe) en 2009, causa de la primera pandemia declarada por la OMS desde el VIH/sida, que ha matado a 25 millones de personas. Virus que causaron en la historia graves y múltiples pestes por zoonosis de transmisión entre el humano y otros animales, de los que más dependerán nuestra alimentación, casos de la porcina, bovina o aviar.

Ahora que muchas voces recuerdan que la responsabilidad individual y colectiva debe ser inseparable de la solidaridad y la sostenibilidad de nuestros mundos y nuestro Planeta cabe preguntar si estamos dispuestos a aplicar todos los instrumentos que ofrecen la ciencia y sus tecnologías a evitar esos riesgos, olvidados al empezar 2020, así como a los otros muchos, más perentorios, que aparecen en los citados mapas de riesgos, donde se recrudecerán además otros como el geopolítico, y su consiguiente tendencia a resolverse en las guerras, traídas cuando la cooperación es sustituida por el conflicto.

### **3. Grandes paradojas y contradicciones: la crisis más global sólo encuentra soluciones nacionales**

¿Aprenderemos sin olvidar desde hoy los principales mensajes de esta crisis, globalizada a esa velocidad sin precedentes porque nunca hubo tantas interacciones humanas, tanta interdependencia?. Hoy todo parece indicar que no, al menos en los frentes que nos parecen más relevantes para dar con soluciones responsables, solidarias y sostenibles.

Cuando se hace notar con fuerza esa creciente interdependencia, que va a ser acentuada por la gran aceleración de las tecnologías de la información a raíz de esta crisis, las principales instituciones (autoridades, mercados, empresas, normas que organizan sus poderes, ideas, etc) retornan a las fortalezas de los estados-nación. Es cierto que las principales organizaciones internacionales, caso entre ellas del G-20, diversas de la ONU u otras más regionales como OCDE o BCE y la Comisión de la UE o el Eurogrupo, han prometido hacer todo lo que sea necesario para ganar la guerra al virus y recuperar la normalidad, al igual que muchas instituciones análogas, a veces incluso con mayor decisión, como la Fed norteamericana, que los líderes nacionales.

En efecto, lo mucho que están haciendo los estados-nación y sus potenciales antagonistas empresariales no parte de acometer el problema debidamente; da la impresión justo de que

hacen lo contrario de lo necesario. Así, incluso si como parece probable dentro de un año hay vacunas u otras soluciones sanitarias, si las economías y sus empleos se han recuperado –mucho más improbable– y si resultaran infundados los temores a profundas crisis políticas nacionales y hasta nuevos problemas geopolíticos, tendremos que lamentar de nuevo con Aldous Huxley que “quizá la más grande lección de la historia es que nadie aprendió las lecciones de la historia”.

Son las autoridades de cada uno de los estados-nación las que más se han conjurado para librarnos del tsunami sanitario y económico, quienes con sus normas han decidido el distanciamiento físico a costa de suspender la actividad de algunos mercados, empresas, centros docentes, actos sociales, etc. Las multinacionales se han limitado a secundar y sufrir o capitalizar el temporal, sin mostrar en ambos casos una mayor eficacia que las autoridades territoriales, salvo las bigtech, que se han relevado como potenciales aliados pero también adversarios.

Unos han mostrado dominio de las instituciones, otros más de las infraestructuras alternativas, ahora más digitales que físicas incluso cuando el origen de la crisis fue un virus o estructura física que ha puesto en jaque toda la estructural global.

Ese distanciamiento impuesto por esas autoridades es físico, no social, contra lo que dicen estos días casi todos, por lo que debemos cuidar el lenguaje, no sea que las palabras o en general las apariencias induzcan a engaños, por ejemplo confundir contradicción con paradoja, definida generalmente como contradicción aparente. Así, al suspender las clases a más del 80% de los estudiantes mundiales según UNESCO y los trabajos a más del 50% de los ocupados según OIT, la crisis del Covid 19 ha inducido distanciamientos físicos, no sociales, porque hoy las mayores infraestructuras de relación son las digitales, las que han soportado la primera experiencia masiva global de teleeducación, teletrabajo, e-comercio, pagos, ocios y otros negocios digitales.

Es así paradójico que de la zoonosis más global sufrida por la humanidad nos salven esos incipientes frutos de los avances en la domesticación del electrón y del fotón, procesos que técnicamente soportan tales experiencias mundiales. Quizá contradictorio sería que quienes también han descubierto leyes de la naturaleza como la edición genética o el entrelazamiento cuántico, potencialmente capaces de superar los golpes descritos, sucumban por resultar incapaces de gobernar sus relaciones sociales.

Debemos advertirles por si acaso que esas relaciones sociales son cada vez menos físicas y más digitales; es decir, esas relaciones, mayormente, no se dan en el espacio del estado-nación, sino en el ciberespacio, superpuesto sobre ellos (y a veces contra ellos). Como ya hemos señalado, hoy ya tenemos más dispositivos electrónicos para conectarnos entre nosotros y con nuevas cosas (unos 10.000 millones) que habitantes hay en el Planeta (menos de 8.000 millones). Y solo con la tecnología 5G para el internet de las cosas hacia 2025 los dispositivos conectados casi se habrán multiplicado por siete, hasta 64.000 millones. En consecuencia, casi todos los estados-nación que hoy polarizan las soluciones se disolverán como azúcar en agua si no organizan instituciones globales capaces de afrontar esa realidad digital emergente, para quedar finalmente a voluntad de China o de los Estados Unidos.

Las bigtech chinas y norteamericanas que ahora emergen como grandes ganadoras de la crisis del Covid son desde hace años mucho más poderosas que la mayoría de los dos centenares de estados-nación y campan a sus anchas. Debido a sus tendencias monopolísticas, incapaces de ser frenadas por las autoridades nacionales de Competencia, como estimaba The Economist, registraban beneficios injustificados o superiores a lo razonable de sus cuentas en casi 700.000 millones de dólares anuales, que desde entonces tienden a duplicarse. En efecto, eso era hace dos años. Ahora este medio no ha recordado el tema, aunque sí ha sido uno de los más certeros al informar que entre los muchos perdedores de la crisis los grandes ganadores son las bigtech, y en avanzar la opinión de que ahora han de desintoxicar sus relaciones con la sociedad, pues son tan vitales como el agua o la electricidad, muy regulados y con precios y beneficios limitados. De ahí que sientan ya el peligro postsunamis de que los ciudadanos sobresaltados y los gobiernos

recientemente envalentonados podrían presionar para que el estado tenga un control similar sobre la gran tecnología.

Las autoridades nacionales están ahora demasiado ocupadas en lo local como para percibir esa tendencia global. Pero antes de esto sus dos primeros líderes (Donald Trump y Xi Jinping) distraían la atención del público y la propia al enzarzarse en una guerra arancelaria que había contribuido a iniciar la desglobalización de comercio, capitales y personas, lo que contribuyó a desacelerar la economía mundial del 3,8% del 2017 al 2,9% de 2019 con perspectivas de alcanzar un 3,3% en 2020. Así lo indican las últimas estimaciones y predicciones del FMI previas al Covid, tras el cual, en este 2020 la Eurozona puede duplicar el -5% alcanzado en 2009. Solo en 2019, EEUU sumó aranceles a las exportaciones chinas por 310.000 millones de dólares, a lo que China respondió con otros por 135.000, antes de la tregua pactada en diciembre último.

El cierre de fronteras y aduanas acentuará ese derrotero desglobalizador, al deteriorar aún más las cadenas globales de valor. A esas dos oleadas hay que sumar la reciente tendencia mundial a promover national champions, empresas multinacionales de propiedad estatal (EMPE), que aportan ya más del 11% de la inversión directa mundial (IDE) y han pasado según la UNCTAD de 650 en 2010 a 1.500 en 2017, entre ellas 18 de las 100 primeras multinacionales del mundo no norteamericanas (chinas y de la UE básicamente).

Muchos más países entrarán ahora en esa línea. La reacción de los EEUU, cuando no piden directamente políticas autárquicas, se centran en crecientes presiones para reordenar esas cadenas globales a fin de no depender de China y mirar más a países como India, Vietnam, Tailandia, Camboya, afirmando que asistimos al crepúsculo de la globalización y los EEUU deben desacoplarse de China con medidas como restringir el acceso de sus empresas, y 370.000 estudiantes registrados en 2019 en universidades de EE. UU., a la transferencia de conocimientos y tecnologías.

Las preocupaciones adicionales por los suministros esenciales y la pérdida de control de sectores estratégicos tienen un renacimiento evidente en esta crisis y añadirán sus consecuencias a todo lo anterior. Los efectos de la batalla contra el virus se evidencian asimismo en los muchísimos indicadores de explosión de lo digital y del consiguiente dominio de las bigtech, cuyas políticas transnacionales han de encajar esa renacionalización tras el tsunami sanitario, el económico y, quizá en mayor grado, el político.

Otra paradoja no menor es que, cuando sus sistemas políticos, empresariales y de opinión pública hagan balance, los ajustes de cuentas, y las soluciones a esta crisis global, podrían ser primero nacionales. Ahí radicará el tsunami político, con sus lógicos (o ilógicos) efectos geopolíticos. Pero en cualquier caso ello tendrá muchas consecuencias en los sistemas de gobernanza (política, empresarial, de las ONGs y del conjunto de la sociedad), tanto nacionales como internacionales o globales, a la luz de la experiencia histórica. Y ello suscita interesantes interrogantes:

–En lo interior la duda clave está marcada y será simbolizada por el destino de Donald Trump en las elecciones presidenciales de noviembre próximo, ya que el líder chino, Xi Jinping, no tiene ese problema personal. Los Estados Unidos habrá sido en principio el estado-nación de mayores pérdidas humanas y económicas, en parte compensadas por sus bigtech. El crash de 1929 y la debacle de su gestión proteccionista en el inicio de la Gran Depresión le costaron el cargo a Herbert Hoover en favor de Franklin D. Roosevelt. Y Gerald Ford perdió por la crisis del petróleo de 1973 que provocó con las devaluaciones del dólar tras el paso del patrón oro al fiduciario para afrontar mejor la coyuntura y Vietnam; Jimmy Carter perdió por la segunda crisis del petróleo en 1979, y George Bush padre perdió tras la invasión de Kuwait en 1990.

–En lo exterior, la gran duda, vinculada a la anterior, es si el multilateralismo sobrevivirá o será abrupta o paulatinamente arrinconado. Se trata de una institución más abstracta que la



del estado-nación, pero históricamente ligada a su suerte. Las institucionales internacionales han surgido para evitar guerras, tras las cuales los vencedores realizaron algún trato con los vencidos para incluirles en la convivencia futura. Es lo que hicieron los estados-nación beligerantes en Europa tras la Guerra de los 30 años (1618-1648), a cuyo final en la Paz de Westfalia acordaron el primer multilateralismo, renovado con un proceso más creador de instituciones para la gobernanza internacional tras la I y II GM, denominado por algunos historiadores la Segunda guerra de los Treinta Años, tras la cual además de la ONU y la treintena de organizaciones internacionales fue lanzado el citado Plan Marshall.

Aunque esta no ha sido una guerra, los líderes políticos sí la han considerado así, entre ellos en España Pedro Sánchez, quien en alguna ocasión dijo que debería traer acuerdos multilaterales, como un nuevo Plan de Reconstrucción. La evidencia de que el multilateralismo haya brillado por su ausencia en la pandemia debería ser un fuerte motivo para fortalecerlo, al contrario de lo que ha intentado el presidente Trump y ha sucedido en la Unión Europea y otros procesos de integración continental.

Sin embargo, la recuperación de los Estados y su bienestar será más fácil y rápida, porque se basará más en el dinero casi gratis suministrado por sus bancos centrales. Será así ocasión de recuperar lazos entre los Estados y las grandes ciudades, perdidos tras la II Guerra Mundial con la tendencia a la concentración urbana en grandes ciudades, que aspiran a albergar el 70% de la población mundial en el 2050, mientras se reorganizan y mejoran sus infraestructuras en torno a lo digital para convertirlas en Smart Cities, proceso en el que están interesadas todas las principales bigtech. Estas, sean proveedoras de infraestructura como Cisco o intermediarias de servicios intensivos de información como Google, Apple, Facebook, Amazon, Alibaba, todas tienen cada una más usuarios que ciudadanos los países grandes, pasando por las telecom, medios financieros o de pagos y ahora las biotecnológicas.

#### 4. Urge evitar con un pacto social mundial la debacle con un nuevo Green New Deal europeo y global

No es de extrañar que hasta el Papa llamara desde Roma en su prédica del domingo de resurrección a que la UE active la solidaridad ante la pandemia y recurra a 'soluciones innovadoras' y a no dejarse llevar por el egoísmo. Europa, cuyos más de 300 millones de habitantes son como otros tantos en EEUU los más afectados en principio por el Covid 19, es el proceso de integración regional más avanzado del mundo entre las varias decenas de iniciativas similares lanzadas desde la II GM. Pero su afección de falta de solidaridad ya le hizo pagar mayores costes que los EEUU durante la crisis financiera, riesgo del que advertíamos al dictaminar en 2011 para el Comité Económico y Social Europeo su proyecto inicial de Unión Bancaria, donde pedíamos que el compromiso de cohesión y solidaridad necesario para que haya verdadera movilidad de personas y mercancías requería transferencias fiscales que legaran hasta la creación de un seguro de desempleo europeo (primer documento oficial de la UE donde se planteó el proyecto), más intervención del Banco Central Europeo como estaba haciendo desde el 2008 la Fed norteamericana e incentivos públicos para que la RSC y el cumplimiento legal de las empresas.

Al estallar esta crisis sanitaria intentábamos retomar este último objetivo para dictaminar el Plan de Inversiones Verdes que lanzó la nueva Comisión para financiar su Green New Deal, su proyecto estrella, pues aspira a movilizar durante esta década (hasta 2030) 2,6 billones de euros (260.000 millones de euros anuales) en inversiones para proteger, mantener y mejorar el capital natural de la Unión y la salud y bienestar de los ciudadanos de los riesgos e impactos medioambientales. Era la primera reacción política concreta para dar cabida a objetivos muy ambiciosos de neutralidad en carbono, tal y como se definen en el Pacto Verde Europeo. Ese esfuerzo equivaldría al 1,9 % del PIB de la Europa de los Veintisiete a partir de 2020. Y nacía en cierta forma gafado porque, como contaron TheCorner y Consejeros en febrero, el marco financiero plurianual (MFP) 2021-2027, si bien fija un

objetivo general del 25 % para la integración del clima en todos los programas de la UE, no alcanzó acuerdo de los sucesivos reuniones del Consejo Europeo (el último el 11 de marzo, ya estallada la pandemia) y quedó pendiente del de la próxima presidencia rotatoria semestral (Alemania). Lo frenaban los países hanseáticos, liderados por la propia Alemania y Holanda, que reclamaban recortes que afectaban a políticas como la agraria y las de cohesión y encontraron oposición de los países mediterráneos y del Este.

Esa división se ha reproducido básicamente en las sucesivas reuniones ya virtuales del Eurogrupo y del Consejo, hasta que el 8 de abril en el primero se alcanzó cierto acuerdo, tras el ajuste de alianzas que ilustra la carta manifiesto de 9 presidentes diciendo que el coronavirus es un shock sin precedentes y requiere medidas excepcionales: Luxemburgo e Irlanda (dos de los países junto a Holanda y Alemania con mayores superávits por cuenta corriente y que en los tres primeros casos hacen competencia fiscal a los demás) se suman a los mediterráneos y otros del Este frente a los hanseáticos.

A la espera del próximo Consejo donde cinco gobiernos dependen de coaliciones (empezando por el alemán), se trata de una respuesta que reafirma la citada insuficiencia de las promesas de hacer "lo que sea necesario". Si bien compromete el 3% del PIB europeo de este año en medidas fiscales y una liquidez equivalente al 16% del PIB, se realizará en principio sin las transferencias fiscales entre países, aconsejadas por el consenso académico de las uniones monetarias óptimas para que haya una verdadera movilidad del trabajo y de los capitales, no solo un área comercial de altas asimetrías. Con similares resistencias a esas transferencias en el proyecto de unión bancaria de 2011, en el proyecto de medidas para completar la unión fiscal de 2014 y en el aun abierto debate de las perspectivas presupuestarias 2021-2027, el Eurogrupo aprobó movilizar hasta 550.000 millones de euros en préstamos para apoyar a Estados, empresas y trabajadores frente a la pandemia sin menciones a condicionalidad macroeconómica alguna, pero tampoco ninguna referencia a la emisión de deuda conjunta para la fase de recuperación.

Las fuentes de ese medio billón de liquidez, adicional a más de un billón anunciado por el BCE en compras de deuda y activos financieros bancarios, saldrán de tres fuentes: el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE), con 240.000 millones de euros en préstamos; un fondo del Banco Europeo de Inversiones con hasta 200.000 millones en créditos para empresas y un fondo temporal de reaseguro contra el paro con 100.000 millones para ayudas al empleo. El problema es que, salvo en el último apoyo, dirigido a los países con más desempleo (entre los cuales destaca España), esas ayudas se repartirían de forma simétrica al peso de la renta de cada país si las solicitaran todos, al igual que sucede en el BCE, cuyos activos de deuda pública se los reparten según los últimos datos en un 26%.

Quizá fuera así más aconsejable reclamar una mayor intervención del BCE, como ha vuelto a hacer la Fed norteamericana, que además de bancos presta desde marzo liquidez a las empresas. El resultado es que los EEUU vuelven aplicar inyecciones más rápidas y cuantiosas, además de que en Europa -y pese al esgrimido origen simétrico del impacto- los efectos del mismo están siendo asimétricos y paradójicamente también inversos a la renta, pues España e Italia son los más castigados por la pandemia.

En cualquier caso, esas inyecciones fiscales y crediticias podrían extenderse desde 2020 a 2021 e incluso 2022, los dos primeros años de los nuevos presupuestos europeos enfocados al Plan de Inversiones Verdes, por lo que pueden restar recursos públicos que ya eran de por sí menores que la ambición oficial del Green New Deal. No obstante, son compatibles e incluso complementarias, pues las nuevas infraestructuras tienden a ser autopistas de la información y la energía verde en lo nacional y global.

En esa línea, y añadiendo otros posicionamientos de líderes públicos a la proliferación de manifiestos y proclamas procedentes de la sociedad, diez países de la UE han solicitado a la Comisión que los elementos del Pacto Verde podrían adelantarse para acelerar una

recuperación verde. De ellos, solo 4 estaban en la anterior carta de los 9 al Consejo: son España, Italia, Portugal y Luxemburgo, que se diferencian en este frente de los otros 5 (Francia, Bélgica, Grecia, Irlanda y Eslovenia) y se unen así a otros seis situados en la discusión presupuestaria y de solidaridad inicial junto a los de la liga hanseática: Austria, Dinamarca, Finlandia, Letonia, Holanda, y Suecia. Proponen ampliar inversiones en movilidad sostenible, energías renovables, rehabilitación de edificios, investigación e innovación, recuperación de la biodiversidad y economía circular. E instan a la Unión a enviar una señal política al mundo y a sus ciudadanos de que la UE liderará con el ejemplo el camino hacia la neutralidad climática y el cumplimiento del Acuerdo de París.

Ello reafirma la impresión de que la recuperación tendrá forma de nuevo Green New Deal europeo y primará por la vía de las ayudas e incentivos públicos a las inversiones medioambientales, además de a telecos, biotech y otras de salud y educación a las que atienden ya junto con las finanzas las bigtech impulsadas como vimos en mayor medida que las anteriores por los mercados.

5. Más que rediseños institucionales, apremia poner la información al servicio de las personas

No hacen falta grandes rediseños institucionales, sino adaptar el sistema que va a seguir la humanidad en esta fase a los intereses, ideas y voluntades ya expresados por las mayorías democráticas. Una de las claves será si los datos de las personas podrán ser capitalizados por estas o al menos por los estados para ayudar a financiar la creciente demanda de formas de rentas básicas universales, como esa avanzadilla de Ingreso Mínimo Vital que aconsejó la Unión Europea a España para reducir sus niveles de pobreza, propuso para AIREF para unos cinco millones de hogares, incluyeron Psoe y Podemos en su programa de Gobierno de coalición y ahora incluyen como una de las medidas de los propuestos nuevos Pactos de la Moncloa, donde sería conveniente mayor transparencia en todo, incluida por ejemplo la financiación y actividad relacional de quienes regulan, de quienes firman manifiestos como los citados o del millón y pico de perfiles falsos en Twitter para intoxicar. Transparencia orientada a mejorar la calidad de la información (empezando por la estadística oficial), lo que requiere actuar con mayor decisión en la resolución de los conflictos de interés y la mayor transparencia de la huella e impacto de cada uno, incluidas producciones y consumos de empresas, administraciones públicas y ONGs a través de la mejora del cumplimiento y la responsabilidad social corporativa (RSC).

En efecto, las ideas que subyacen en las intervenciones públicas indiscutidas frente al Covid son las de la teoría monetaria moderna inspirada por el neochartalismo, que concibe el actual dinero fiat al servicio de la confianza necesaria entre las personas y dependiente en su creación y aceptación por los Estados, que por eso dice no pueden quebrar. Son ideas alimentadas por el hecho de que EEUU creó ese patrón fiat al romper el patrón oro-dólar en 1971. El caso es que las crisis sucedidas desde entonces han dado por muertos los dos modelos de la economía convencional hasta entonces imperantes, como afirmaba en pleno 2009 a Consejeros un economista que intuyó esa crisis y que durante años trabajó en perspectivas que podrían ayudar a entender la actual, Ubaldo Nieto de Alba. Nos decía algo aún hoy vigente: "El modelo neoclásico como el neokeynesiano, al no integrar las inestabilidades y turbulencias que se presentan en los procesos de innovación y globalización, carecen de respuestas; ni siquiera admiten las preguntas. De estos paradigmas científicos sólo quedan los teoremas. Las críticas de Soros y Taleb al mundo académico, a lo que Kuhn llama la academia invisible, hay que situarlas, en la historia del tiempo en la economía".

No obstante, las preguntas son muchas, y entra las más extendidas destaca que, si el 'crash' de 1929 y la I y II Guerra Mundial contribuyeron a asentar el estado de bienestar moderno reivindicado, ¿cuál será la herencia del Covid-19?. No valen ante ellas solo respuestas como las sugeridas por las apelaciones de los expertos en geopolítica, entre casi un centenar de

tendencias posibles, a la inteligencia colectiva en un contexto de globalización reducida (Ortega), la globótica o competencia digital de empleos y tareas (Baldwin), el mejor ánimo de los ricos a pagar impuestos (Scheve y David Stasavage), el añadir a las autoridades europeas otra sobre la salud con competencias digitales como apuntan hasta los 9 presidentes en carta al Consejo Europeo, la inclusión de las generaciones jóvenes o un mayor Tercer Sector (Rajan).

Más completas y razonables parecen las indicadas en 2009 por Nieto desde el nuevo paradigma de la complejidad en el sentido de integrar las inestabilidades y turbulencias que se presentan en los procesos de innovación y globalización, pues está más claro tras esta crisis que si la globalización de interrelaciones físicas se reduce la de las conexiones digitales se acrecentará aún más. Lo han demostrado al aportar soluciones a la pandemia rastreando los contactos digitales de los afectados en los cuatro o cinco países asiáticos que sufrieron y algo aprendieron de las epidemias de SARS (2003), la pandemia de gripe A (2009) o el MERS (2012), entre los cuales Corea del Sur o Singapur gracias a sus app para móviles han registrado hasta el 12 de abril tasas de mortandad del 0,2% o poco más entre los infectados oficiales Singapur, con 5,7 millones de habitantes, es uno de los países con menos casos de infectados (631) y muertes (2) registrados por el Covid-19, frente al 10% que llevaba España o el 6% de media de la UE, aun cuando esos países tienen presupuestos de salud como vimos muy inferiores.

En esa misma dirección de soluciones, cabe resaltar como acertadas las que propusieron el pasado verano 181 CEOs de las principales multinacionales norteamericanas, a través de la Asociación Business Roundtable, al firmar una declaración en la que, bajo el título Statement on the Purpose of a Corporation, se comprometían a crear valor para todos los Stakeholders, no solo para los accionistas, como hasta ahora se venía haciendo. Es decir: se comprometían a poner en primera línea la RSC, empezando obviamente por el cumplimiento legal y no solo por los objetivos e indicadores voluntarios. Ahí podría integrarse la herencia que apuntan otros expertos en cuanto a instituciones económicas y políticas más inclusivas y redistributiva, y una reindustrialización de Europa y Estados Unidos con reajustes que garanticen mejor la salud, los cuidados de niños y ancianos, asistentes sociales, limpiadoras del hogar.

Quizá sean esos demasiados propósitos, que podríamos resumir por ello en mejorar las huellas o impactos de cada uno en los demás porque vamos a una sociedad aún más interconectada e interdependiente. Ello requerirá en primer lugar mejorar las estadísticas de RSC con la intervención de los institutos nacionales de estadística, nacidos hace varios siglos para servir a los Estados y conocer mejor sus mercados, tarea necesitada actualmente de un mayor control y garantía por ellos y sus estados-nación de la privacidad de los datos personales que obtienen de cada ciudadano a diario todas las principales digitales.

Esa mejora de la información, condición necesaria para ejercer la racionalidad de todos los agentes, debería primar sobre los derechos y objetivos de las democracias y sus mercados, pues como bien señaló la Unión Europea la desinformación y la propaganda afecta a los procesos democráticos, pero también a los económicos y sociales, lo que eleva sus poderosos enemigos (Impact on the functioning of the rule of law in the EU and its ...) No sería siquiera necesario reinventar instituciones ni nuevos objetivos, pues contamos con las organizaciones de la ONU y sus ODS2030, que en su caso solo cabría revisar, completar y hacer más operativos su veintena de grandes objetivos y sus cerca de 200 targets particulares e indicadores, herederos de los primeros indicadores de desarrollo sostenible que se fijó la Conferencia de Rio en 1992, de lo que hará pronto 30 años.

El problema es que esas políticas de RSC y cumplimiento legal no pasan apenas de lo reputacional, por lo que distan de ayudar a reducir el calentamiento global y aún menos el social. Tampoco han aportado por ahora oportunidades de crecimiento a la economía ni han

sido focos del nuevo contrato social para incorporar en mayor medida a la juventud, las mujeres y otros excluidos en lo económico. Todo ello podría cambiar para que empresas, ONGs y administraciones públicas inviertan la carga de la prueba siendo más exigentes en los informes de información no financiera a fin de demostrar realmente que cumplen cada uno de sus actuales 183 targets.

Las tecnologías digitales podrían aportar herramientas dirigidas a esta finalidad, principalmente si ahora los gobiernos aprovechan las gigantescas tareas de reconstrucción social que tienen los dos o tres próximos años para resolver una función que dejaron a discreción de las puntocoms las pasadas décadas: que la identificación de sus usuarios cumpliera garantías de privacidad y otros derechos fundamentales de los ciudadanos. La falta de adecuada acreditación contribuyó precisamente a la delincuencia económica y social, al dejar abierta las puertas del nuevo ámbito de relaciones sociales a números ámbitos de cibercriminosos. Algunos de ellos se pusieron de manifiesto inmediatamente, como el lavado de dinero a través de paraísos fiscales que son una competencia desleal entre estados y merman la capacidad recaudatoria de los afectados, la cobertura de delitos como el terrorismo, la droga, la trata de seres humanos, la explotación de adicciones y un largo etcétera que cada día salta más a la vista en ese nuevo mundo digital. Y, por supuesto, contribuyó a esos 700.000 millones de dólares anuales de beneficios excesivos.

Sucede que el mercado digital es eminentemente monopolístico, más monopolístico incluso que otros sectores considerados por la literatura económica monopolios naturales, como la industria energética, los servicios bancarios o las telecomunicaciones, sector en el que surgieron y se incardinaron inicialmente las ahora grandes digitales. Es así fundamentalmente porque operan más que otros sectores con economías de escala y alcance, debido a que la principal función de las actividades digitales se centra en reducir costes de transacción vinculados a barreras espaciales y temporales. Además, se apropia de costes de reproducción decrecientes, intrínsecamente ligados a la creación de externalidades negativas, tanto medioambientales como sociales. Externalidades que en muchos casos superan en daño social al beneficio de la actividad empresarial, por ejemplo, la pérdida de tiempo impuesto por cada empresa a cada uno de los miles de millones de usuarios en acreditar su identidad, actualizarla o aceptar cookies para autorizar a captar más datos luego susceptibles de tráficos como los dirigidos al perfilado político o mercantil de redes sociales, demostrado en el escándalo de Facebook, propietario entre otras marcas y servicios de WhatsApp.

Entre la proliferación de manifiestos antes citados, le preguntamos a la profesora Pistor de Columbia, entrevistada este verano en Consejeros tras ser llamada al Congreso norteamericano para hablar del proyecto de criptomoneda de Facebook y una treintena de bigtech y principales marcas de pagos, si ahora resultaría de interés vincular las ayudas económicas del Covid 19 a la voluntaria acreditación digital con clave pública-privada y pseudoidentidad segura e inviolable de todos los receptores, ciudadanos y empresas. Sería esta una base para luego acceder más garantías y con menos trabas y empleo de tiempo a los servicios de las bigtech, así como a construir en blockchain o a promover plataformas seguras y colaborativas que permitan seguir la trazabilidad de todas las relaciones de personas y cosas que interesen, así como sistemas de scoring y rating colaborativos para los indicadores de cumplimiento legal y de responsabilidad social corporativa de empresas, ONGs, administraciones públicas y ciudadanos. Su respuesta fue que suscribiría la iniciativa y que quería ser informada de su concreción.

Una sociedad, así más colaborativa y online, inspirará sus pactos y planes entre imperativos como emplear a los jóvenes y atender a los mayores desde mejor democracia social y poder de las gentes. La clave de los nuevos objetivos ecológicos, sociales y económicos será mejorar la gobernanza y favorecer pactos intergeneracionales en cada país y de contención de las migraciones globales. Dado que salud, formación durante toda la vida y trabajos,

ocios y negocios como las finanzas se basarán a partir de ahora más en las redes digitales que en las físicas, las mayores oportunidades para telecos y biotech de competir con las actuales bigtech deberían ser complementadas por las administraciones públicas de cada estado-nación y sus organizaciones internacionales para que esos objetivos están presentes en todas las operaciones físicas y digitales, a fin de que el desarrollo de lo digital no siga prácticas de la conquista del nuevo Oeste e impere la voluntad del más fuerte. Ello requerirá aprovechar la identidad digital de cada persona física y jurídica para medir sus impactos en esos objetivos del conjunto de la sociedad, tendiendo a someterlos con dichas garantías de privacidad no solo a medición por los institutos nacionales de estadística, sino después a evaluación colaborativa y participativa de la sociedad. Tecnologías como el blockchain ya permiten y favorecerán más esas mediciones y evaluaciones, a medida que la inclusión digital se haga efectiva, por ejemplo con los varios millones de españoles que desde mayo van a recibir Ingreso Mínimo Vital y quizá algunos no tengan siquiera cuenta bancaria o móvil para efectuarles el pago. Así podremos seguir mejor el cumplimiento de objetivos ya consensuados internacionalmente como la agenda 2030 y sus casi dos centenares de indicadores, para luego someter los resultados a los sistemas tanto de transparencia como de incentivos o desincentivos de cada administración en la contratación pública.

En suma, el tsunami sanitario, el económico y el social pasaría como oportunidad de progreso, para configurar sociedades económicamente más resilientes, socialmente más justas y ambientalmente más sostenibles, pues diversos estudios han mostrado desde hace más de 15 años el importante papel protector que confiere la biodiversidad ante las zoonosis, según recuerda Fernando Valladares, investigador y director del grupo de Ecología y Cambio Global en el Museo Nacional de Ciencias Naturales (MNCN-CSIC).

Este 11 de abril hemos recordado así los 50 años del famoso mensaje lanzado desde el Apolo 13: Houston, we've had a problem here. El nuevo problema de la humanidad seguirá presente mientras que Pekín, Washington, Nueva Delhi, Tokio, Berlín, Moscú y otros centros de poder (por seguir el orden del PIB 2019 en paridades de poder de compra) no entiendan que hemos de resolverlo entre todos y cuanto antes.